

Estratificaciones y situaciones de la ciudad

Yannis Tsiomis

Intervención en la mesa redonda «La Arquitectura de la Ciudad» en el XXI Congreso de la UIA, el 25 de Julio de 2002 en Berlín.

Sobre la condición de la ciudad, la filosofía del iluminismo ha expresado de manera premonitory lo que mas tarde se ha comprobado como una verdadera tensión o un verdadero conflicto. En efecto, en el *Contrato Social* Jean-Jacques Rousseau escribía:

«La mayoría toma a la ciudad por una Cité⁽¹⁾ y a un burgües por un Ciudadano; ellos no saben que las casas hacen la ciudad y que los ciudadanos hacen la Cité»⁽²⁾.

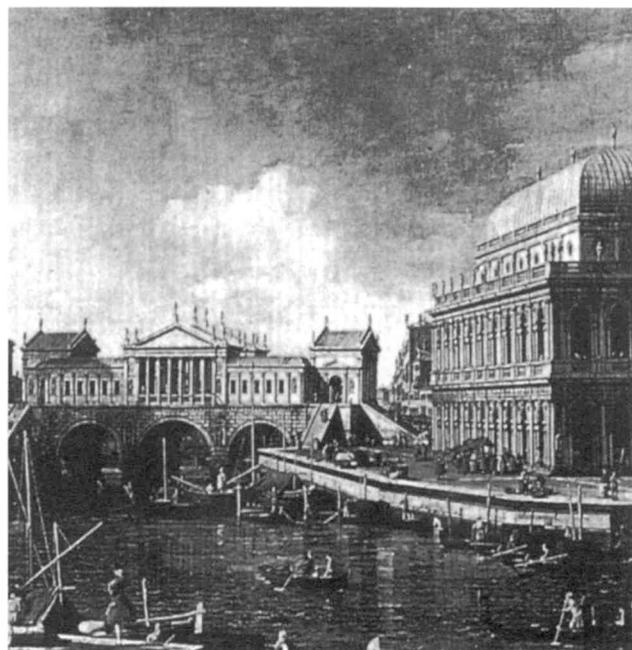
Rousseau descubría entonces y fustigaba la confusión entre «ciudad» y «Cité», es decir la confusión por un lado entre la dimensión física de la ciudad, su arquitectura, sus monumentos, sus trazados y, por otro lado, su dimensión política, el ejercicio de la ciudadanía en el espacio físico, la distinción y al mismo tiempo el reconocimiento del estatus de habitante por un lado y de ciudadano por otro.

Así, Rousseau anunciaba una paradoja continuada por Fichte en sus *Discursos a la Nación Alemana* que tanto han influenciado a Schinkel. Él anunciaba también la crisis urbana tal como la revolución industrial la había instaurado en el Siglo XIX y tal como el Siglo XX mercantil, industrial y financiero lo ha impreso en todas las ciudades del planeta. Nosotros somos los desgraciados herederos de ese divorcio

entre la arquitectura y la ciudad, entre lo simbólico y lo político, entre la ciudad y la Cité, que Aldo Rossi de manera probablemente nostálgica, ha querido «corregir» en 1966, en su libro homónimo de la presente sesión del Congreso *L'architettura della città*.

Pero no hay que olvidarse que fue también en la misma época que Henri Lefebvre escribía refiriéndose a la ciudad capitalista, que «crisis urbana es una tautología». Ya estamos pues, lejos del reencuentro imposible, pero tan deseado por el Movimiento Moderno, entre las políticas de reforma social y las poéticas de las vanguardias.

Y a pesar de las resistencias de sus descendientes del Team X, nosotros nuevamente nos interrogamos cómo, por un lado corregir la ciudad de la masificación estatal y mercantil y, por otro lado, cómo afrontar teórica y prácticamente la extensión, la dispersión, y la difusión de la misma. Cómo no devorar la naturaleza, cómo asegurar un desarrollo urbano «durable». Afrontamos oposiciones coexistentes como la masificación y la extensión. Para resolver estas oposiciones hemos asistido, estos últimos decenios, a la aplicación de diversas estrategias urbanas: El cuidado del espacio público de Barcelona, La Fuerza de Tareas Urbana de Rogers, la tercera ciudad de Christian de Portzamparc, la ciudad «dispersa» localizada de Bernardo Secchi, al mismo tiempo que la ciudad «genérica» a-tópica de Rem Koolhaas, la Zwischenstadt, la ciudad intermedia de Thomas Sieverts, la Metápolis de François Ascher, lo pos urbano de Françoise Choay, la ciudad hipertexto de André Corboz, y otro tanto de aproximaciones diferentes prove-





nientes de arquitectos, urbanistas, filósofos, sociólogos, historiadores de la ciudad, algunos de los cuales contestan la pertinencia del término y del fenómeno mismo de la «ciudad» que ven anticuado. Es el caso también de la pertinencia o no de esta mesa redonda, o en todo caso de su título, el cual debería ser puesto en tela de juicio.

Pero, a pesar de las escasas gestiones pertinentes, y de las a veces atrevidas, cínicas y en todo caso inoperantes metáforas, la ciudad/territorio queda aún por redefinir.

Miremos no solamente la arquitectura de la ciudad en Europa sino también la de África, la de las Américas del Norte y del Sur, la de Asia: asistimos aquí a una disociación de hecho, y a proposiciones eventualmente de formas sin conceptos y de conceptos sin formas, dejando a la arquitectura de la ciudad en una aporía.

La aporía es engendrada aquí por esta coexistencia pacífica, no crítica, entre definiciones, entre informes y propuestas ya superadas, y sin polémicas ni debates de fondo. Porque la verdadera oposición no está entre la «tradición» urbana de la centralidad y la «modernidad» de la ciudad dispersa y caótica -oposición largamente debatida desde Patrick Geddes- sino entre la estratificación y la sedimentación perpetua de la ciudad por una parte, y por otra, de las «situaciones» de homogeneización, o al contrario de



diferenciaciones de los fenómenos urbanos.

Esquemáticamente, podemos decir que nos debatimos entre escalas de temporalidades y de formas incompatibles; obramos sin poder -¿o saber?- tratar la sincronía y la diacronía, estando sabido que los territorios contemporáneos donde intervenimos comportan varios regímenes de historicidad, varias «edades». Y poco importa si nuestros proyectos están situados en el centro o en la periferia porque a veces la periferia está en el centro (y los usuarios de suburbios lejanos a les Halles de París nos lo recuerdan a diario). Es en este contexto donde el acuerdo entre edificio singular y conjunto urbano - con una problemática adaptada a las diferentes escalas- está en su estado más delicado, sino el más peligroso. «La arquitectura de la ciudad» o «la arquitectura contra la ciudad» como se interrogaba de manera pesimista Bernard Huet, hace una veintena de años.

¿Cuáles son pues las líneas de fuerza de la ética profesional de los arquitectos en esta coyuntura? ¿Debemos contentarnos con registrar pasivamente las «mutaciones de la ciudad» contemporánea como las que imponen el mercado, y tomar nota de los principios cínicos según los que la ciudad «emergente» se constituye bajo nuestros propios ojos? ¿Debemos replegar la ciudad a sus únicos valores memoriales, exponiéndolos al kitsch? ¿Cómo puede participar la arquitectura en la regulación colectiva de los procesos del mercado, ya universales? ¿Lo es produciendo dentro de un soberbio aislamiento de composiciones «tecnológicas» -cuyo grado de innovación deja a veces perplejo-, composiciones autárquicas y narcisistas, o diluyéndose sino en una retórica de flujos, de «capas» y de moviidades no razonadas?

Trabajar en la sincronía, conscientes de que nos inscribimos en la diacronía, interiorizar simultáneamente la memoria colectiva y las aspiraciones de cambio en un paisaje urbano inteligible por todos, puede devolver a la arquitectura su lugar de testigo visible del trabajo realizado por el devenir de nuestra historia.

En conclusión: No deberíamos saber articular la diversidad de las formas de las ciudades-territorios múltiples y la unidad, por la práctica del uso de la Cité democrática. Es justamente esta capacidad de componer simultáneamente con el material técnico y plástico y «el inmaterial» político, que «la arquitectura de la ciudad» deviene en un acto cultural consciente: puede ella entonces inscribirse en una visión del mundo, por una civilización deseada y no sufrida ■

Notas :

¹. Cité como el equivalente de Polis en griego. Ver en el texto original en francés la diferencia entre «ville» y «Cité».

². El contrato social, en Rousseau, Obras completas, París, Gallimard, 1964, t.III. pág 361.

Stratifications et situations de la ville

Intervention à la table ronde « The Architecture of the City » 21
Congrès de l'UIA à Berlin, 25 juillet 2002.

Sur la condition de la ville, la philosophie des Lumières a exprimé de façon prémonitoire ce qui plus tard s'est avéré être une véritable tension, sinon un véritable conflit. En effet, dans le Contrat social, Jean - Jacques Rousseau écrivait :

« La plupart prennent une ville pour une Cité et un bourgeois pour un Citoyen ; ils ne savent pas que les maisons font la ville mais que les Citoyens font la Cité » .

Rousseau découvrait alors et fustigeait la confusion entre «ville » et « Cité », c'est-à-dire la confusion entre, d'une part, la dimension physique de la ville, son architecture, ses monuments, ses tracés et, d'autre part, sa dimension politique, l'exercice de la citoyenneté dans l'espace physique, la distinction et en même temps la reconnaissance des statuts de l'habitant d'une part et du citoyen de l'autre.

Ainsi Rousseau annonçait un paradoxe repris par Fichte dans ses Discours à la Nation Allemande, qui ont tant influencé Schinkel. Il annonçait aussi la crise urbaine telle que la révolution industrielle l'a instaurée au dix-neuvième siècle et telle que le vingtième siècle marchand, industriel et financier, l'a imprimée sur toutes les villes de la planète. .

Nous sommes les malheureux héritiers de ce divorce entre l'architecture et la ville, entre le symbolique et le politique, entre la ville et la Cité, qu' Aldo Rossi, de manière probablement nostalgique, a voulu « corriger » en 1966, dans son livre homonyme de la présente session, L'architettura della città.

Mais il ne faut pas oublier que c'est aussi à la même époque qu' Henri Lefebvre écrivait, en se référant à la ville capitaliste, que « crise et urbain est une tautologie ». Déjà nous sommes donc loin de la rencontre impossible, mais tant désirée par le Mouvement Moderne, entre les politiques de réforme sociale et les poétiques des avant-gardes. Et, malgré les résistances de ses descendants du Team X, nous sommes encore à nous interroger sur comment, d'une part, corriger la ville de la massification étatique et marchande et, d'autre part, comment affronter théoriquement et pratiquement l'étalement, la dispersion, la diffusion. Comment ne plus dévorer de la nature, comment assurer un « développement durable » urbain.

Nous affrontons des oppositions coexistantes : la massification et l'étalement. Pour résoudre ces oppositions nous avons assisté, ces deux dernières décennies, à l'application de diverses stratégies urbaines : Le souci de l'espace public comme à Barcelone, l'Urban Task Force de Rogers, la troisième ville de Christian de Portzamparc, la ville « dispersée » localisée de Bernardo Secchi et en même temps la ville « générique » a-topique de Rem Koolhaas, la Zwischenstadt, l'entre ville de Thomas Sieverts, la Metapolis de François Ascher, le post urbain de Françoise Choay, la « ville hypertexte » d' André Corboz : autant d' approches différentes provenant d' architectes, urbanistes, philosophes, sociologues, historiens de la ville, dont certains contestent la pertinence du terme et du phénomène même de « ville » qu'on pense désuet. Auquel cas ce serait la pertinence même de cette table ronde, en tout cas son intitulé, qui serait à mettre en cause...!

Mais, malgré les rares démarches pertinentes, et parfois les métaphores osées, sinon cyniques, et en tout cas inopérantes, le phénomène urbain, la ville/territoire, reste à redéfinir.

Regardons l'architecture de la ville non seulement de l'Europe mais de l'Afrique , des Amériques du nord et du sud, de l'Asie : Nous assistons à une dissociation de fait, et à des propositions parfois de formes sans concepts et de concepts sans formes, laissant l'architecture de la ville dans l'aporie.

L'aporie est engendrée par cette coexistence pacifique, non critique, entre des définitions, des constats et des propositions sans polémiques ni débats de fond, sinon dépassés. Car la vraie opposition n'est plus entre la « tradition » urbaine de la centralité et la « modernité » de la ville dispersée et chaotique - opposition largement débattue depuis Patrick Geddes - mais entre la stratification et la sédimentation perpétuelle de la ville d'une part, et, d'autre part, les « situations » d'homogénéisation ou au contraire de différenciations des phénomènes urbains.

Schématiquement nous pouvons dire que nous nous débattons entre des échelles, des temporalités et des formes incompatibles, nous oeuvrons sans pouvoir - ou savoir ? - traiter de la synchronie et de la diachronie, étant entendu que les territoires contemporains où nous intervenons comportent plusieurs régimes d'historicité, plusieurs « âges ». Et peu importe si nos projets sont situés au centre ou en périphérie car parfois la périphérie est au centre (et les usagers des banlieues lointaines aux Halles de Paris nous le rappellent tous les jours). C'est dans ce contexte où l'ajustement entre édifice singulier et l'ensemble urbain - avec une problématique adaptée aux différentes échelles - est aujourd'hui le plus délicat sinon le plus périlleux. « L'architecture de la ville » ou « L'architecture contre la ville » comme s'interrogeait, pessimiste, l'architecte Bernard Huet, il y a une vingtaine d'années ?

Quelles sont donc les lignes de force de l'éthique professionnelle des architectes dans cette conjoncture ? Faut-il se contenter d'enregistrer passivement les « mutations » de la ville contemporaine telles que les impose le marché et de prendre acte des principes cyniques selon lesquels la ville « émergente » se constitue sous nos yeux ? Faut-il replier la ville sur ses seules valeurs mémorielles, en les poussant au kitch ? Comment l'architecture peut-elle participer à la régulation collective des processus marchands désormais universels ? Est-ce en produisant dans un superbe isolement des ensembles « technologiques » - et dont le degré d'innovation laisse parfois perplexe - ensembles autarciques et narcissiques, ou bien est-ce en se diluant dans une rhétorique de flux, de « nappes » et de mobilités non raisonnés ?

Travailler dans la synchronie, conscients que nous nous inscrivons dans la diachronie, intérioriser simultanément la mémoire collective et les aspirations au changement dans un paysage urbain intelligible par tous, peut rendre à l'architecture sa place de témoin visible du travail accompli pour notre histoire en devenir.

En conclusion : Ne devrions-nous pas savoir articuler la diversité des formes des villes-territoires multiples et l'unité, par la pratique et l'usage, de la Cité démocratique. C'est cette capacité de composer simultanément avec le matériel technique et plastique et « l'immatériel » politique que « l'architecture de la ville » devient acte culturel conscient : elle peut alors s'inscrire dans une vision du monde, pour une civilisation désirée et non subie ■

Yannis Tsiomis-IFA/UIA, Berlin, 2002.°

Du contrat social, in Rousseau, Oeuvres complètes, Paris, Gallimard, 1964, t. III, p. 361.